

Abriendo camino en el aire. Nuestras aviadoras

ÁNGEL VEGAS
*Miembro de la Asociación
de Periodistas de Defensa*
JOSÉ LUIS GRAU
*Periodista de la Oficina
de Comunicación
del Ejército del Aire*

El Real Decreto 1/1988 de 22 de febrero supuso el primer paso para la incorporación de la mujer a las Fuerzas Armadas. Aunque no se reguló el principio de igualdad con todas sus consecuencias hasta el año siguiente, se culminaba de alguna manera un cambio iniciado en 1985, con las primeras modificaciones normativas para que las mujeres pudiesen aspirar a desarrollar una carrera militar.

En 1989 se abrió el acceso de las mujeres a las academias generales y a todas las armas, cuerpos y escalas, y en 1990 se amplió el campo a la posibilidad de aspirar a tropa voluntaria.

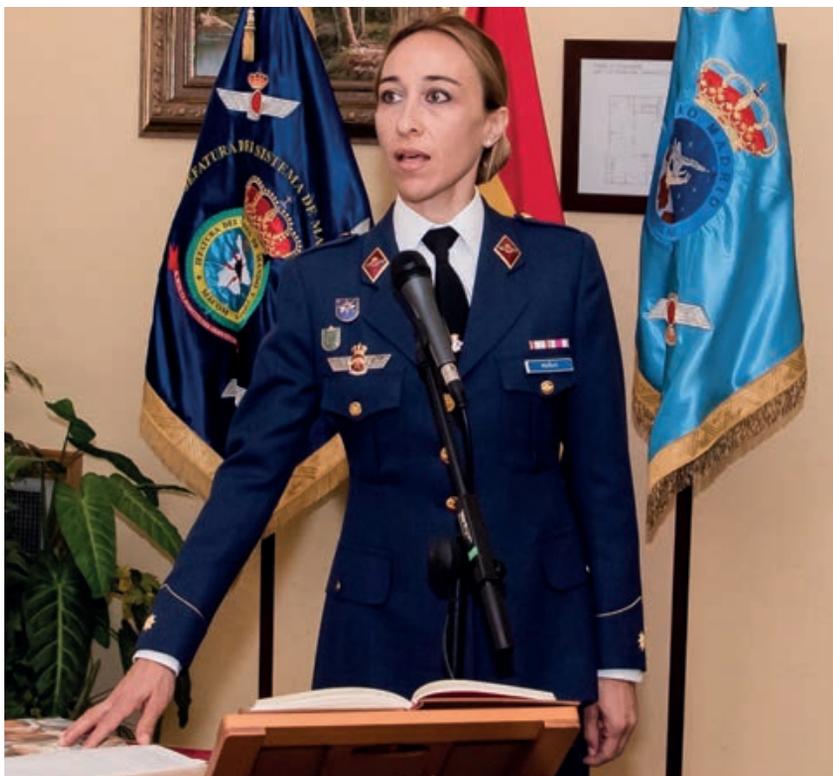
Han pasado treinta y cinco años de todo aquello y, a día de hoy, en el Ejército del Aire y del Espacio podemos presumir de contar entre nuestro personal con mujeres preparadas para desempeñar cualquier misión. Hay casos muy conocidos y mediáticos, como las comandantes Rosa María García-Malea o Rocío González Torres, ambas pilotos de caza y que han pasado por una unidad tan vistosa y atractiva como la Patrulla Águila, lo que las convierte en objetivo constante de los medios de comunicación a la hora de «vender» a la sociedad un trabajo que, por tradición, se sale de lo normal en una mujer.

Pero afortunadamente no son las únicas y, aunque con menor repercusión mediática, ya es fácil encontrar en prácticamente todos los empleos a mujeres desempeñando misiones que no difieren en absoluto de las de sus compañeros varones. Nos falta la llegada al generalato de una mujer en nuestra institución, en el Ejército de Tierra ya cuentan con una pero, todo se andará, solo es cuestión de tiempo.

Y así, podemos encontrar casos de mujeres que desempeñan labores, entre comillas, poco habituales. Son



La cabo M.ª Carmen Gómez Hurtado salta con bandera CAM



La actual teniente coronel Pilar Mañas tomando posesión de la jefatura de la ECAO Madrid

casos como la teniente coronel Pilar Mañas Brugat, la cabo M^a Carmen Gómez Hurtado, la brigada Patricia Navarro Ramos o la cabo primero Raquel López Corrales. Todas ellas están consiguiendo abrir caminos en el Aire, brillar, de alguna manera y por distintos motivos, en un mundo aún predominado por hombres aunque, cada vez menos.

VIGILANDO NUESTRO CIELO

Una mujer moderna, comprometida con el Ejército del Aire y del Espacio y con todo lo que respira aeronáutica, su vocación, pero comprometida también con la sociedad, la teniente coronel Pilar Mañas Brugat, siendo comandante, tomó posesión como jefa de la Escuadrilla de Circulación Aérea Operativa (ECAO) de Madrid en agosto de 2017. Se convertía así en la primera oficial del Ejército del Aire en asumir la jefatura de una unidad.

Antes y para ello, la vocación debe ser un requisito indispensable, junto

con la pasión por todo lo aeronáutico, especialmente por volar, lo que te lleve a ser parte del Ejército del Aire y del Espacio, «tener espíritu luchador y

una voluntad de entrega absoluta a la defensa de España y de todos sus ciudadanos, estando dispuesto a entregar la vida por ello, si es necesario».

Y aportar su formación y experiencia a la sociedad para, sin pretenderlo, convertirse así en ejemplo para otros. No en vano es voluntaria de la Fundación Inspiring Girls con la que colabora en actos y eventos orientados a crear vocación entre las niñas para que se dediquen a lo que les apasiona cuando sean mayores. O colaboradora de la Asociación Nacional de Mujeres Empresarias, Directivas y Ejecutivas (ANAEDE). O, por citar solo algunos ejemplos, fue nombrada por el Instituto de la Mujer e Igualdad de Oportunidades del Gobierno de España como «Mujer referente» por romper barreras y ser ejemplo para otras mujeres.

Una vez cumplido el objetivo de ser jefe de una unidad tiene clara la diferencia entre mando, jefe y líder. Considera que «las dos primeras opciones llegan por jerarquía propiamente dicha, mientras que la última es la más anhelada de todas y en la que opino que, aunque las cualida-



La actual teniente coronel Pilar Mañas colaborando con la Fundación Inspiring Girls

des necesarias para serlo se pueden llegar a conseguir y perfeccionar con una buena formación, el líder tiene que aglutinar ciertos rasgos que son innatos. Esas cualidades, sin duda alguna, son las mismas que para un hombre. Me refiero a los valores propios de una institución como la que representamos: disciplina, valor, honor, lealtad, honradez, abnegación».

Tiene claro que el jefe debe ser un ejemplo para toda la unidad y debe entregarse al servicio con obediencia e integridad, demostrando compañerismo y respeto por todos y cada uno de los miembros que la componen.

Después de tres años al mando de la ECAO de Madrid, su paso posterior por el Gabinete del JEMA y su destino actual en el EMAD, es consciente en todo momento de la gran responsabilidad que un cargo como el suyo lleva asociada: «Tomar decisiones que pueden tener consecuencias no previstas, en situaciones de máximo estrés y con el mínimo tiempo disponible, puede que sea una de las mayores responsabilidades a la que los jefes nos podemos enfrentar».

Está preparada para, bajo una gran presión, resolver el conflicto en base a la información recibida en ese momento, tal vez escasa o incompleta, y seleccionar a la mayor brevedad la que considere más acertada de todas las opciones: «Debes ser ágil mentalmente, tener interiorizados los procedimientos de actuación y una conciencia situacional completa para ser eficaz a la par que eficiente y concluir con éxito la misión. Por supuesto, tienes que estar dispuesto a asumir algún riesgo porque no todo puede estar bajo control, pero siempre con una alternativa en el caso de que esto suceda».

Recuerda y pone como ejemplo el incidente del avión de Air Canada que tuvo que realizar un aterrizaje de emergencia en el Aeropuerto Adolfo Suárez Madrid Barajas hace algún tiempo, cuando durante la carrera de despegue se produjo el desprendimiento de la banda de rodadura del neumático de la rueda trasera izquierda del tren principal izquierdo

del avión: «Aquel día fue un ejemplo de trabajo en equipo y toma de decisiones rápidas y certeras, donde la opción de alertar a un caza, un F-18 del Ala 12, para revisar los daños estructurales del avión en emergencia, fue la más

oportuna de todas y evitó posibles consecuencias nefastas para la aeronave y el pasaje».

La recompensa a la finalización de una misión arriesgada como esta en particular y a la labor que desempeña en general en su día a día, aunque suene a tópico, «está por encima

de todo en la satisfacción del deber cumplido y en que día a día la misión encomendada por el Ejército del Aire y del Espacio se realice exitosamente por el personal asignado a mi cargo. Pero además, con la total convicción de que he velado porque así sea, siendo la protección y seguridad de todos ellos el complemento necesario para lograrlo».

Y aconseja que «aunque atravesamos etapas difíciles de gestionar y superar como la que nos tocó vivir por la irrupción del COVID-19 en nuestras vidas, nunca hay que permitirse caer en el desánimo de la adversidad y hay que estar siempre dispuesto a franquearla con perseverancia y voluntad de vencer, puesto que «el que quiere, lo puede, lo sigue, lo logra y lo consigue». El mundo pertenece a los disciplinados y nunca hay atajos para el éxito. Conseguir algo siempre lleva su tiempo».

PARACAIDISTA ACROBÁTICA Y BOINA VERDE DEL EZAPAC

El Escuadrón de Zapadores Paracaidistas (EZAPAC) es la unidad de operaciones especiales del Ejército del Aire y del Espacio. Servir en una unidad como esta, cuyo lema

«Tomar decisiones que pueden tener consecuencias no previstas, en situaciones de máximo estrés y con el mínimo tiempo disponible, puede que sea una de las mayores responsabilidades a la que los jefes nos podemos enfrentar»



La cabo M.ª Carmen Gómez Hurtado lista para saltar



La cabo M.ª Carmen Gómez Hurtado tras un salto

reza «Solo merece vivir quien por un noble ideal está dispuesto a morir» no es nada fácil. Y cambiar el chip para pasar después a una unidad totalmente distinta como la Patrulla Acrobática de Paracaidismo (PAPEA), cuya misión es representar a España y al Ejército del Aire y del Espacio en exhibiciones y competiciones nacionales e internacionales de paracaidismo, tampoco. Pues bien, esta es la trayectoria, hasta el momento, de la cabo M.ª Carmen Gómez Hurtado, nacida en Elche en 1985, desde su ingreso en nuestra institución en diciembre de 2005.

Es de las pocas mujeres que se ha ganado a base de esfuerzo y tesón la boina verde del EZAPAC, para lo que es necesario superar un plan de instrucción de nueve meses, uno de

los más exigentes y completos de las Fuerzas Armadas, y que incluye la superación del curso básico de paracaidismo. Se trata de un plan dividido en dos fases. La primera consiste en una formación básica que incluye las actividades teóricas y prácticas de materias o asignaturas como topografía, marcha de endurecimiento, transmisiones, armamento, tiro, vida y movimiento en montaña, instrucción y lanzamiento paracaidista, adiestramiento físico-militar, defensa personal o NBQ.

Es de las pocas mujeres que se ha ganado a base de esfuerzo y tesón la boina verde del EZAPAC, para lo que es necesario superar un plan de instrucción de nueve meses, uno de los más exigentes y completos de las Fuerzas Armadas

La segunda fase es más técnica y consiste en avanzar en la instrucción general para el combate, mejorar la condición física, la tolerancia al cansancio y al estrés, el trabajo en equipo y el espíritu de sacrificio. Los que finalmente superan estas dos fases tienen que realizar la instrucción táctica de combate (ITC), alrededor de doce días en los que se intenta simular el estrés y cansancio a los que uno se puede ver sometido en una situación de combate real.

Solo unos cuantos elegidos son capaces de superar esta dura instrucción, en la que se lleva a la persona hasta el límite físico y psicológico con distintos ejercicios y evaluaciones. Tras este período, los instructores evalúan y deciden quienes han superado el plan de instrucción con aprovechamiento y se les hace la entrega de la boina verde.

La cabo Gómez Hurtado consiguió su boina verde en 2006 e inmediatamente entró a formar parte de uno de los equipos operativos de fuerzas especiales con el que realizó su primera misión internacional como tiradora en el destacamento de helicópteros desplegado en la base de apoyo avanzado de Herat, Afganistán (HELISAF), en el año 2008. Después participaría en cinco misiones más en Afganistán, integrada en equipos tácticos de control

aéreo (TACP), tanto en Herat como en Qala-e-now, entre los años 2009 y 2013. Formando parte de uno de estos equipos experimentó en 2010 su bautismo de fuego real, al sufrir una emboscada cuando se encontraba realizando una misión de escolta de un convoy. Fue el 11 de enero. Unos días después se vería envuelta en una nueva emboscada de la que afortunadamente salió ilesa.



La brigada Patricia Navarro a bordo con los pilotos. (Imagen: José Luis Franco Laguna)

En 2016 decidió cambiar de aires y solicitó participar en el período de selección de personal para ingresar como voluntaria en la PAPEA, unidad en la que se ganó un puesto por su excelente aptitud y actitud. En su bagaje paracaidista cuenta ya con más de 3000 lanzamientos, de los cuales 120 corresponden al ámbito de la instrucción táctico-militar, efectuados con el EZAPAC. El resto los ha efectuado como componente de la PAPEA, por tanto en el terreno deportivo y acrobático.

Actualmente es la única mujer de todas las Fuerzas Armadas españolas capacitada y adiestrada para efectuar las maniobras de relativo de campana. Además, en la mayor parte de las exhibiciones en las que participa, suele recaer en ella la gran responsabilidad de saltar portando alguna bandera institucional, bien sea la representativa del ayuntamiento o comunidad autónoma correspondiente, la del Ejército del Aire y del Espacio o la de España, lo cual entraña también una mayor

dificultad técnica. Para mantener y elevar este alto nivel, lleva a cabo un entrenamiento exhaustivo, que incluye una media anual de 500 saltos paracaidistas, así como 50 horas de vuelo en el túnel de viento.

Según sus instructores, desde su llegada a la unidad, ha demostrado una elevada capacidad de aprendizaje y unas formidables cualidades físicas y mentales.

MÁS DE 4000 HORAS DE VUELO LUCHANDO CONTRA EL FUEGO

Más de 4000 horas de vuelo a lo largo de 20 años. Toda una carrera militar dedicada a evitar que nuestros bosques y montes mueran devorados por las llamas. Es el bagaje de la brigada Patricia Navarro Ramos. Entró en el Ejército del Aire y del Espacio como soldado y luego

pasó por la Academia Básica del Aire (ABA) para hacerse suboficial. Enseguida pasó destinada al 43 Grupo de Fuerzas Aéreas y allí trabajó como mecánico de pruebas en vuelo, instructora, y desempeñó el rol de facilitador de CRM (Crew Resource

Management), fomentando y concienciando sobre la importancia del factor humano dentro de la seguridad de vuelo. En la actualidad sigue desarrollando su carrera militar desde el Centro de Instrucción de Medicina Aeroespacial (CIMA).

Su pasión por los aviones y por el Ejército del Aire y del Espacio le viene desde niña, al observar el estilo de vida militar gracias a su padre, que trabajaba como personal civil en la base aérea de Zaragoza. «Eran los tiempos de los americanos. Aquella

Ha pasado por situaciones arriesgadas como volar demasiado bajo cargando hielo, descendencias incómodas, el impacto con algún buitre, sortear tendidos eléctricos que aparecen de repente, etc

vida y los escenarios que veía en las series de televisión de la infancia me fascinaban y tenía claro que entrar en ese mundo era mi prioridad. Después, el 43 Grupo llegó un poco por casualidad, dentro de las opciones que tuve para elegir destino al salir de la ABA. Ese destino me daría la oportunidad de trabajar como mecánico de vuelo y no quise perder la ocasión. Además de hacerme ilusión formar parte de una tripulación de vuelo, la misión del 43 Grupo es real, bonita y al servicio de todos, ya que con nuestra labor contribuimos a resolver situaciones de crisis y emergencias. Estamos a disposición de personas que en esos momentos no pueden hacer mucho más, que confiar en los que nos dedicamos a apagar el fuego».

No considera que una mujer tenga que reunir unas condiciones fuera de lo común para pertenecer a una unidad como el 43 Grupo. Piensa que es importante ser una persona organizada y responsable para poder conciliar la vida laboral, la personal y la familiar. «En esta misión no hay programación, por lo tanto, hay que adaptarse al día a día y a lo que surge en cada momento. Sinceramente esta es la parte que más me ha costado, no poder hacer muchos planes a largo plazo y menos en verano, dado que en cualquier momento del día las circunstancias cambian y te encuentras en un nuevo contexto. Por otro lado, es probable que los tripulantes del 43 Grupo seamos personas que aceptamos un nivel de riesgo mayor, pero

no creo que seamos muy diferentes al resto de los militares. Creo que el espíritu militar lleva inherente aceptar algún que otro riesgo».

A lo largo de sus años volando a bordo de los apagafuegos se ha visto envuelta en situaciones más o menos comprometidas, aunque no cree haber llegado a temer por su vida. Cuenta que en situaciones así, no hay tiempo para pensar en la vida, solo en cómo salir de la situación. Es luego, en el suelo, cuando considera que se toma consciencia del riesgo que se ha vivido. Ha pasado por situaciones arriesgadas como volar demasiado bajo cargando hielo, el impacto con algún buitro, sortear tendidos eléctricos que aparecen de repente, etc. Las más extremas, «una en el año 2008 en el pantano de Portomarín (Lugo), donde nos llevamos un tendido eléctrico de media tensión enganchado a uno de los planos. El sonido del impacto y la deceleración que sufrió el avión, junto con las imágenes cerca del agua mientras continuábamos con nuestro ascenso no se me olvidan. Pese a ser esta situación comprometida no llegué a temer por mi vida. Teníamos motor y el avión volaba bien, aunque con mucho trabajo por parte del piloto, el cual tuvo que hacer un gran esfuerzo para contrarrestar el lastre que suponía volar con tres cables de unos cuatrocientos metros colgando, que hacían fuerza sobre el plano mientras sus extremos se movían dando latigazos. Sin embargo, mi mayor susto fue en agosto de 2016, en una carga en el pantano de Plasencia. El viento nos fue llevando contra la orilla y despegamos muy justos. Recuerdo que miré mi chaleco, busqué las salidas de emergencia y pensé, si caemos, tengo que nadar y me preparé para lo que pudiera pasar.»

El riesgo es grande pero también la recompensa, en forma de agradecimiento de la sociedad. Hoy con las redes sociales se sienten más cerca



La brigada Patricia Navarro a bordo prevuelo. (Imagen: José Luis Franco Laguna)

de la gente a la que sirven y perciben, más si cabe, las muestras de cariño que les llegan. «No sabría transmitir la emoción que se siente cuando ves un pueblo desalojado o con los coches preparados para abandonarlo todo, y tú estás allí, intentando que el fuego no devore la vida de esas personas. Ayudar de esta manera a tantas personas es la mayor satisfacción que puede sentirse. En algunas ocasiones, en los hoteles donde íbamos a descansar los ciudadanos que nos reconocían nos recibían con aplausos, nos abrazaban. Es muy emocionante. Yo siento que nosotros solo somos un eslabón más en la cadena de apagar el fuego, contribuyendo con nuestra de misión de transportar agua para sofocar los incendios».

Una de las cosas que le apasionaba de su trabajo en el vuelo era colaborar con los pilotos en los cálculos de peso para el despegue en las cargas de agua, distancias a los pantanos, cálculos de combustible y en todo lo necesario para que ellos pudieran ir bien centrados en el vuelo y no tanto en la parte técnica. El reparto de tareas en la cabina siempre está definido y cada miembro tiene su cometido, pero siempre se supervisan unos a otros, para evitar caer en errores evitables. «Lo más bonito de la misión es la sinergia que se crea en cabina. A partir de la segunda o tercera descarga de agua ya cada uno sabe bien qué tiene que hacer en cada momento y esto genera un ambiente de trabajo muy bueno, con plena confianza de los unos en los otros. No suelo pensar en los riesgos porque confío en que el piloto va a hacer las maniobras lo mejor posible y siempre dentro de sus límites. Además confío en el avión, no creo que haya otro mejor para esta misión. De todos modos, si te encuentras incómodo en una situación, siempre lo puedes decir al resto de la tripulación y se busca otra forma de hacer el trabajo evitando que cualquiera se sienta inseguro».



La cabo 1º Raquel López Corrales en misión

SALVANDO VIDAS

Generosidad, entrega, responsabilidad y compromiso son las cualidades que debe reunir una persona que dedique su vida profesional a la sanidad militar. Lo dice la cabo primero Raquel López Corrales, que lleva más de 20 años en el Ejército del Aire y del Espacio. 12 de ellos los pasó en una unidad tan exigente como la Unidad Médica Aérea de Apoyo al Despliegue (UMAAD MADRID), desarrollando funciones de técnico en Emergencias Sanitarias y de Despliegue, formando parte de la Sección de Electromedicina, Quirófano, UCI y Telemedicina. Hoy continúa fiel a su vocación desde el CIMA.

Ingresó en el Ejército del Aire y del Espacio en 1999, «en aquella época era el único en el que existía la especialidad de Sanidad en tropa», y su primer destino fue el antiguo Hospital del Aire de Arturo Soria. A los dos años se produjeron los ataques al World Trade Center del 11-S en Nueva York, lo que fue un acicate para que pocos meses después se presentara voluntaria para ir a Afganistán, al hospital español de Bagram. «Era la primera misión de la operación Libertad Duradera, una misión que marcó en mí la realidad de ese pueblo y esa cultura estancados en la Edad Media. Una misión que hizo que creciera en mí, aún más, una vocación por servir a los demás».

Considera que los hombres y mujeres de la sanidad militar «deben tener la vocación y la entrega más absolutas por los demás, estar preparados para el trabajo en equipo y tener formación previa y años de experiencia en sanidad». Formación y dedicación que te obligará a tener siempre una maleta preparada y estar dispuesto en todo momento a viajar a cualquier lugar del mundo, por remoto que este sea, para cumplir con la misión que se te encomiende.

Todo ello, en el caso de la cabo primero López Corrales, intercalado con la participación en numerosas misiones fuera de nuestras fronteras: en Afganistán, Libertad Duradera en la base aérea de Bagram y varias veces en la operación ISAF en la base aérea de Herat; en Yibuti formando parte de distintas rotaciones del destacamento Orión en la operación Atalanta; en los países bálticos en la operación de la OTAN Baltic Air Policing, ya sea en Lituania, Letonia o Estonia; así como en el destacamento Grappa en Sigonella (Sicilia, Italia) como parte de la operación EUNAVFOR MED. Un total de 11 misiones, media vida fuera de casa con la recompensa de «saber que has contribuido, dentro de tus responsabilidades como sanitaria, a la sanación o en el intento de mantener hasta el último momento la vida de una persona».



La cabo 1ª Raquel López Corrales en el hospital de campaña de IFEMA

Y con la experiencia que te dan todas estas misiones fuera de España, de prestar atención sanitaria en países lejanos con infraestructuras deficientes, no te puedes sorprender, por extraño que resulte, cuando te toca actuar en tu ciudad en un momento excepcional de cobertura médica saturada. Nunca pensaste que algo así te llegaría a pasar, nada menos que en Madrid, pero perteneces a la UMAAD y tienes que estar preparada para ello.

La COVID-19 azota al mundo, llega a España y casi sin darte cuenta te ves inmerso en la operación Balmis. Se despliega un hospital de campaña en el recinto ferial de IFEMA, «el mis-

mo día del despliegue me empecé a encontrar mal, tuve un cuadro de un par de días con conjuntivitis y molestias en la faringe y tuve que retirarme del despliegue por precaución. Para mí fue frustrante estar apartada de mis compañeros que estaban desde el principio de la crisis sanitaria dándolo todo y expuestos a una carga viral altísima en la UCI de ese hospital desplegado. Estuve unos días en casa y temía por ellos».

Tras la recuperación llega el momento de volver. «Fui a la UCI mas nerviosa que en toda mi vida, llevaba mi rosario en el bolsillo, no lo soltaba. Y entonces fui consciente de a lo que realmente me enfrentaba: un enemigo invisible. Esta vez no había *rocket attack*, ni sirenas como en la base de Herat, no era visible, ni sonoro. Todo, absolutamente todo lo que tocara era susceptible de estar contaminado. Después de diez horas allí, aunque no estés en la parte sucia, todo es sucio. El estrés es descomunal. El miedo está ahí y tienes que trabajar con él, somos humanos. A medida que pasan los días lo vas controlando».

Una mujer acostumbrada a ver las cosas más atroces que uno se pueda llegar a imaginar, personas desmembradas, calcinadas, se da cuenta de



La cabo 1ª Raquel López Corrales en misión



La teniente coronel Pilar Mañas en la sala de operaciones siendo aún comandante

que no puede mirar a los ojos a los enfermos de ese virus maldito que se encuentran allí ingresados, solos, alejadas de sus seres queridos, «luego fui empezando a mirarles, aprendiéndome sus nombres, les sonreía pero no lo podían ver detrás de mi mascarilla. Deshumanización absoluta».

Después de viajar por todo el mundo, una de las situaciones más difíciles a las que uno se enfrenta tiene lugar aquí, en casa, en tu zona de confort. Al final, cuando todo pasa, sensaciones contradictorias.



La brigada Patricia Navarro junto al apagafuego. (Imagen: José Luis Franco Laguna)

«Satisfacción por el deber cumplido, pero no he sido la sanitaria que yo soy, ni el EPI me ha permitido ser la sanitaria que yo soy. Es frustrante tener la sensación de no haber dado el cien por cien de mi capacidad tras más de veinte años de servicio. Porque me separaba una pantalla, un gorro, una doble mascarilla, una bata de quirófano, doble guante, un delantal de plástico. Me faltaba ir en una cápsula y hacerlo todo por ordenador. No sintieron que les sonreía, aunque lo hacía continuamente».

Una vez un militar americano que la observaba trabajar le dijo: «Jamás vi a nadie que le brillaran tanto los ojos trabajando». Esas palabras han estado en su cabeza cerca de diez años «y es lo que me ha dado fuerza para conseguir la permanencia en el Ejército del Aire y del Espacio. Sabía que este era mi sitio y quería quedarme». En el recuerdo sus dos perras, que eran parte de su familia. A Sura la perdió hace seis años y a Margarita hubo que sacrificarla. Su amor por los animales es comparable al que siente por su profesión de sanitaria militar.

Son solo algunos ejemplos de mujeres volcadas en una vocación convertida en profesión, mujeres que son ejemplo para la sociedad y espejo en el que se podrán reflejar otras mujeres españolas. Podríamos citar muchos más: desde las que desarrollan, como las anteriores, las labores, entre comillas, más espectaculares, como pilotos de caza, rescatadoras SAR o componentes de unidades de operaciones especiales; hasta aquellas otras cuyo trabajo parece, a priori, menos atractivo, pero es igual de importante para la institución a la que sirven. Nos referimos a una jefa de la sección de ingeniería destacada en Rumanía, encargada del mantenimiento de seis Eurofighter que vigilan el espacio aéreo de ese país en colaboración con fuerzas aéreas aliadas y amigas, o a la sanitaria que



La cabo 1º Raquel López Corrales en el hospital de campaña de IFEMA

vela por la salud de todos los miembros de ese destacamento o a otra aviadora que puede ser la responsable de todo el trabajo administrativo de una UCO cualquiera.

Ejemplos de que con esfuerzo, entrega y dedicación se puede llegar a conseguir lo que uno se proponga. Y ejemplos de que una institución como el Ejército del Aire y del Espacio está preparada para darles el papel protagonista que desde hace ya unos años vienen reivindicando.

Son nuestras aviadoras. ■



La cabo M.ª Carmen Gómez Hurtado, boina verde en acción en ISAF